

LA IGLESIA SOMOS TODOS

MARY CARMEN PRIETO BARBEITO

SECRETARIA DE LA 2ª COMISION

Creo que procede, en primer lugar, que me presente: Me llamo Mary Carmen, soy gallega, llevo casi veintitrés muy importantes años, en Gáldar; soy esposa, madre de cuatro hijos; trabajo en la parroquia, aunque ahora un poco menos pues estoy estudiando primer curso de Institucionales en el Centro Teológico y me encuentro en el “apuro” de intentar contarles qué ha supuesto para mí todo este largo periodo de preparación y realización del acontecimiento tan importante vivido en nuestra Diócesis, que ha sido el Sínodo.

Llegué a él de una manera muy sencilla: Se necesitaba una persona que representase el Arciprestazgo en la Comisión Preparatoria del Sínodo. Y fui la primera persona que aceptó el compromiso; aunque no les voy a negar que varias pensé “quién me mandaría decir sí”, estoy contenta de haberlo hecho, pues ha sido un período denso y fecundo de mi vida.

Formé y fui responsable de un Grupo de Trabajo del Sínodo, creado exclusivamente con ese fin. Lo formamos diez personas, entre las que se encontraba mi marido, todos casados. Nos reuníamos los sábados cada quince días, pero hubo muchos sábados “extras” para poder terminar a tiempo lo que nos habíamos propuesto. Se trabajó duro, a veces con tensiones, pero todos llegamos a la conclusión de que valió la pena, pues fue una experiencia muy rica y muy satisfactoria para todos nosotros.

De la Comisión pasé a formar parte del grupo de Sinodales, como representante del Arciprestazgo; posteriormente fui “enganchada” como secretaria de la Mesa de la Segunda Comisión: “La misión de la Iglesia. Presencia de los cristianos en nuestra realidad”.

Muchos de mis sentimientos fueron experimentados en la comisión preparatoria, en el grupo, en la comisión de estudio... pero al mismo tiempo se fueron dando en los tres lugares unos antes y otros después.

Yo destacaría como muy importante el sentimiento experimentado *de camino, de proceso*. Las cosas van encajando. Muchas personas comenzamos porque: lo manda el Obispo, es lo que necesita la diócesis, porque alguien tiene que representarnos; poco a poco todas estas motivaciones se fueron transformando en una toma de conciencia, en ver que era importante el participar, lograr que se fuese aceptando el Sínodo en las parroquias, en el Arciprestazgo, en la gente.

Este proceso, o toma de conciencia lo he palpado a mi alrededor, fue un cambio sutil e imparable una vez que comenzó a desarrollarse. Nos decían: Sínodo significa caminar juntos; en mi opinión este fue el primer logro importante. Déense cuenta de toda la gente que estuvo implicada en esa primera fase, promocionando; explicando lo que significaba el Sínodo; para lo que servía; convencer a sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos; implicarlos. Los reajustes que fue necesario hacer en las parroquias, nuevos horarios, reducción del tiempo de catequesis. Todos unidos con una tarea común: El Sínodo; fue una época de efervescencia. En la comisión tomabas conciencia y ... a trabajar en el Arciprestazgo y en el grupo.

Luego vino otro momento; largo, a veces muy pesado, con desánimos y vuelta a caminar, de todo lo que significó el trabajo de los grupos. Primero la etapa de consolidación, sobre todo para los que eran nuevos. Entrar en diálogo, en discusión, en contacto con problemas que desconoces por completo, tener una idea más real de los grupos y tendencias que hay en la Diócesis, saber cómo trabajan, a qué se dedican. Todo esto es reflejo en las propuestas y posteriormente en el trabajo que realizaron los grupos en la selección de todas las propuestas recibidas.

Por fin, la etapa realmente sinodal había llegado. Para qué voy a contar los nervios, la curiosidad y la emoción que se experimentó el día de la apertura. Yo lo viví como creo que la gran mayoría de los que nos encontrábamos allí, con plena conciencia de la importancia de lo que comenzaba en la Catedral,

pidiendo fervorosamente que el Espíritu de Jesús viniese en nuestra ayuda, que nos diese fortaleza y nos mostrase su camino; que fuésemos capaces de *dejarnos guiar*. Al mismo tiempo una sensación de grandiosidad, de anonadamiento por lo que se venía encima, sentí mis limitaciones, mi pequeñez; pero al mismo tiempo alegría, gozo, la cercanía de los otros. Tomé una decisión: Poner de mi parte todo lo posible, sacando todo lo positivo que puede haber en mí y dejar el resto en manos del que todo lo puede.

El trabajo en la comisión fue duro pero enriquecedor. Destacaré en primer lugar la *libertad de expresión*. Creo que todo el mundo pudo decir lo que pensaba y sentía; a los tímidos les costaría más trabajo; se valoró mucho el pequeño grupo, precisamente por ser un espacio en dónde era más fácil conseguir que todo el mundo se pronunciase y además, mediante la puesta en común pasaban las opiniones a toda la comisión.

Hubo *diálogo* en todos los momentos y niveles; entre las personas pertenecientes a la comisión y entre ésta y la Mesa. Se escuchó a todo el mundo y se aclararon todas las preguntas. Existieron momentos tensos, sobre todo creo que al principio, la gente estaba como un poco en guardia, como si la Mesa se fuese a poner en plan autoritario; poco a poco se fueron abandonando esas posturas y se fueron haciendo las relaciones más distendidas.

Existió *confrontación*. Una cosa se puso de manifiesto desde el principio, la comisión era muy variada; con personas, formas de pensar, situaciones, carismas, trabajos, edades, etc. muy diversas y de toda esa amalgama tenía que salir un documento que nos sirviera a todos, que lo pudiésemos aceptar todos.

Destacaré también el *respeto mutuo*, sobre todo cuando no coincidían nuestras opiniones. Hubo posturas diversas incluso encontradas, pero al final creo que llegamos todos con la satisfacción del deber cumplido y contentos con el documento que entre todos habíamos hecho.

Otro rasgo que me gustaría destacar es *la amistad*; no hubo “corrillos”; sí, grupos de trabajo; se pudo hablar con todo el mundo, siempre me sentí escuchada y acogida. Espero haber tratado de igual forma a las personas con las cuales tuve contacto.

Se trabajó duro, intensamente, con responsabilidad; a veces cuando veíamos otras comisiones que habían terminado su trabajo, nos entraba el gusanillo de la duda, si seríamos capaces de terminar. Creo que siempre pesó más en nuestro ánimo el hacerlo bien aunque fuese a costa de dedicarle más tiempo.

Una cosa interesante fue ver cómo posturas muy marcadas en el punto de partida, poco a poco y por medio del diálogo se fueron acercando y se llegó al documento final.

He de abrir un apartado de limitaciones o defectos, alguno hubo. Pero ni los más preocupantes fueron las faltas de asistencia de algunas personas, no muchas, pero sí eran reiteradas. Eso he de confesar que fue una de las cosas que me costó más trabajo aceptar y es más, creo no lo tengo del todo olvidado. Me parecía algo tan importante lo que estábamos haciendo, además todos los que asistían día a día, en nuestra comisión y en las otras, me daban la razón, que no entedían cómo podía haber alguien que reiteradamente faltase. Sólo se explica pensando que en su fuero interno no tenían de verdad asumido que en ese momento, el Sínodo era prioritario en la Diócesis.

Se podría poner de manifiesto una cierta polarización de la palabra por parte de algunas personas; que las opiniones de algunos pesaban en la asamblea; que algunos tenían obsesión por sacar sus propuestas. Pero todas esas cosas son inevitables en un trabajo de grupo, sobre todo en uno tan numeroso como el nuestro; por otra parte, poco a poco se fueron limando esas asperezas por la misma dinámica que se desarrolló a lo largo de las sesiones.

En las Plenarias en algunos momentos hubo reiteración de ideas, no en cuanto a las de apoyo de opinión, y a veces las personas se iban un poco por las ramas, no tenían la “cuestión” muy clara.

Personalmente para mí fue un período importante, agotador y con tensión; sobre todo los meses de Mayo y Junio; me vinieron muy bien las vacaciones. Pero al mismo tiempo fue muy fructífero y enriquecedor. Entré en contacto con realidades de la Diócesis que desconocía por completo, de otras había oído hablar pero no sabía mucho. Traté gran cantidad de gente, escuché las más diversas opiniones y modos de ver la vida. Vi comportamientos y actitudes que me llamaron la atención, unas buenas y otras menos buenas. Ejercité algo que me cuesta muchísimo, ser paciente.

Valoro positivamente el rato de las comidas, pues eran momentos de encuentro con personas de otras comisiones y de otros lugares. Así como los momentos de descanso que había en la comisión que nos sirvieron para estrechar lazos de amistad. Algunas personas ya las conocía, pero ahora parece que por haber pasado esa experiencia juntos tengo mucha más confianza y amistad con ellas; les tengo más cariño.

Me sentí aceptada, apoyada. Era la primera vez que había seglares en un Sínodo Diocesano y sobre todo mujeres; era la gran novedad. Tengo que decirles que también hubo momentos de “paternalismo” y no me los tomé mal, sino con humor.

Como parte de la Iglesia, creo que cada etapa por sí sola ha tenido su importancia. Solamente por una de ellas hubiese merecido la pena celebrar el Sínodo. Todas juntas, creo que nos desbordan, por lo menos a mí; no soy capaz de abarcarlo todo.

Se ve cómo toma cuerpo, cada vez más en mayor número de cristianos, la idea de que la Iglesia “somos todos”; poco a poco va calando esa sensación en el corazón y en las actitudes de las personas. Creo que el Sínodo a este nivel, ha sido una gran llamada; hemos de aprovecharla.

Se ha puesto ante los cristianos y ante la sociedad, el abanico de tendencias y carismas que hay en nuestra Diócesis. Siempre hay un lugar dónde puedes trabajar, ayudar y encontrarte con el prójimo. Creo que el papel del laico se ha puesto de manifiesto, para todo el que quiera entender, con nuevas dimensiones y actitudes.

Otra cuestión que me preocupó es, ese desconocimiento, que en general, tenemos los laicos del mundo religioso; como si fuesen dos mundos aparte, sin conexión; que no sabemos, ni nos corresponde trabajar juntos; como si ellos fuesen mejores y nosotros menos buenos. Creo que a este nivel la Iglesia va dando pasos para que exista mayor comprensión y entendimiento. El acercamiento ha de ser mutuo.

A partir del Sínodo... ¿qué? Muchas puertas abiertas. Ahora que cada cual, desde su lugar venga poco a poco, pero sin pararse, poniendo su granito de arena. Entre todos hay que llevarlo adelante.

Creo que para los laicos todo este proceso ha sido una llamada de atención sobre todo lo que podemos y debemos hacer en un campo que nos es propicio: Sindicatos, Asociaciones de Vecinos, Sociedades Culturales, Apas, Ayuntamientos, Partidos, etc.

Se nos ha llamado la atención sobre lo importante que es llevar unida la teoría y la práctica cristianas. Que somos cristianos, en todos los momentos de nuestra vida y como tales hemos de comportarnos. Los gestos suntuosos, por ejemplo, siempre estuvieron fuera de tono, pero en estos momentos de crisis, son más llamativos, menos deseables.

Otro campo de trabajo, el turismo; el diálogo con los otros; la acogida a los emigrantes.

En fin creo que el Sínodo fue un abrir puertas y ahora es tarea nuestra el darle realidad. Ya van surgiendo pequeños cambios que nos indican que se está poniendo en marcha.

Antes de terminar, querría tener un recuerdo para todas las personas que estuvieron trabajando voluntariamente en la organización. En todo momento estuvieron dispuestos para ayudarnos y hacernos la vida más agradable. Muchas gracias.

Me gustaría que esta reflexión fuese acogida con benevolencia por todos ustedes, lectores de la revista **ALMOGAREN**, y querría transmitirles dos cuestiones: Ahora entiendo más ampliamente el verdadero sentido de las palabras del Evangelio “la mies es mucha y los obreros pocos” y creo firmemente que en el Sínodo *SI* estuvo presente, se pudo palpar, el Espíritu de Jesús.

Mary Carmen Prieto Barbeito